

Rafael Maya

Escribe: J. G. COBO BORDA

“Dudo que en los artistas haya más elementos ‘conservadores’ o ‘reaccionarios’ que en la gente en general. ¿Y por qué no han de ser las personas conservadoras por naturaleza? ¿El hecho de que el pasado necesariamente pesa más sobre el eje de la conciencia humana quizás sea un lastre mayor para el individuo que para la sociedad, pero ¿cómo podría ser de otra forma? ¿Por qué es escandaloso? No es más que demagogia escandalizarse de las cosas normales. Y es normal que tengamos conciencia de nosotros mismos como personas insertas en un continuo histórico, con un pasado de indeterminado espesor a nuestras espaldas, un presente que es una cuchilla afilada y un futuro... en fin, problemático sería una palabra muy floja para referirme a él. El hecho de dividir el tiempo en pasado, presente y futuro supone que la realidad está distribuida en tres partes iguales, pero lo cierto es que el pasado es lo más real de todo”.

Susan Sontag, *Entrevista*, Revista de Occidente, Madrid, julio 1976.

Conservador en política, católico en religión y clásico en poesía, la obra poética de Rafael Maya (1897-1980) se destaca por la sobriedad expresiva y el afecto inalterable hacia ciertos tópicos, constantes a todo lo largo de su producción. Su ciudad natal, Popayán; autores como Virgilio y Horacio; la renovación modernista, ya atemperada al llegar a su promoción; y un conocimiento cabal de las letras españolas, lo mismo que de las colombianas, a las cuales contribuyó con notables estudios. Reunidos en nueve volúmenes, conforman uno de los conjuntos más apreciables dentro de nuestra producción crítica; y reeditados y ordenados, integrarían el más razonable manual de literatura colombiana, hasta comienzos de este siglo.

Son ellos: *Alabanzas del hombre y de la tierra*, Bogotá, marzo 1934; *Alabanzas del hombre y de la tierra* (volumen segundo), Bogotá, octubre 1941; *Consideraciones críticas sobre la literatu-*

ra colombiana, Bogotá, marzo 1944; *Los tres mundos de Don Quijote y otros ensayos*, Bogotá, 1952; *Estampas de ayer y retratos de hoy*, Bogotá, segunda edición octubre de 1959; *Los orígenes del modernismo en Colombia*, Bogotá, septiembre, 1961; *Escritos literarios*, Bogotá, 1968; *De perfil y de frente*, Bogotá, segunda edición, agosto 1975; *Letras y letrados*, Bogotá, septiembre 1975.

Quizás lo más destacable, en la obra crítica de Maya, sea su modestia. El se presenta, simplemente como un literato al cual "la admiración" y "el entusiasmo" guían en sus opiniones. Pero esta modestia no es sinónimo de apocamiento. Por el contrario: gracias a ella ha escrito los mejores, por personales, ensayos sobre Pombo, Silva, Rivera, Barba y Valencia, el costumbrismo y el romanticismo, para citar solo algunos.

"Fue firme siempre, sin arrogancia vana, y orgulloso, sin vanidades pueriles": así describió Maya a José Eusebio Caro; y algo de esto hay también en Maya: una rigurosa continuidad que desdeña el histérico brillo de los aciertos ocasionales y prefiere en cambio la penumbra diligente. Todos los días una línea; todos los días una cátedra. Colaboración regular a todo lo largo de su larga vida en suplementos y revistas literarias. Desde allí reconoció a Aurelio Arturo, saludó el advenimiento de "Piedra y Cielo" y como lo sugiere una nota suya que sirve de prólogo a una selección de la poesía de Gaitán Durán, editada en Cúcuta en 1963, supo resistir el embate de las nuevas generaciones con amabilidad e ironía.

Los ciento once volúmenes que el Ministerio de Educación editó entre 1952 y 1958 con el título de "Biblioteca de Autores Colombianos", bajo la orientación intelectual de la revista "Bolívar", dirigida por Maya, y para la cual preparó antologías esenciales como *La musa romántica en Colombia* sintetizan su dedicación, sin excusas, al estudio de nuestras letras. ¿No había dicho, acaso, en sus "Aspectos del romanticismo en Colombia" que lo falso de esta escuela se acomodaba muy bien con la pereza del criollo; con "su falta de esmero para todas las cosas y su indestructible manía improvisadora"? En contra de la indolencia del ensueño, o del sobrevivir mediante glorias ajadas, él trabajó hasta el final. Un juicio recto, en su tarea crítica; y un decoro ejemplar, en su vida privada, lejos de esas alternativas espasmódicas, de entusiasmo e inacción, a que se hallan sometidas todas las realizaciones colombianas.

“Somos un pueblo de hombres apasionados y, por lo tanto, mudables e inconstantes”, escribió en el mismo ensayo; y líneas más adelante rectificó, sabiamente: más que apasionados somos en realidad “simplemente emotivos”. Esto explica, quizás, el “país de burócratas y de eminencias pedigüeñas”, como lo definió, para siempre; y esto explica, también, cómo los prejuicios dominantes y la voluntad sañuda y vengativa de la masa —tales son sus palabras— arrasan con cualquier jerarquía, recreándose en el espectáculo final “de una vasta e incurable mediocridad”.

Pero nada de lo anterior modifica la exigencia fundamental que Maya se hizo a sí mismo; y que por su carácter ético es una exigencia insólita en nuestro medio. Dice así: “Quien coloca un adjetivo rumboso para suplir la falta de un concepto preciso, falsifica igualmente la firma del amigo, puede colocarse como espía, o desempeñar menesteres más bajos. Puede ser que la vida no lo coloque en ocasión próxima de cometer tamaños desafueros, y aún puede morir en olor de santidad. Pero no por eso dejará de ser su ánimo naturalmente concupiscente”.

A partir de esta conciencia crítica, pocas veces formulada, casi nunca puesta en práctica, entre nosotros, elaboró sus ensayos que si bien pueden repeler por su cometido inmediato— oración académica, panegírico, texto didáctico— al penetrar en ellos advertimos su penetración justa y pausada, llena de observaciones irrefutables. Veamos tres. “Muchas de las poesías de Núñez son exposiciones prosaicas de temas científicos, escritas en renglones cortos”. “Un Londoño, un Castillo, un Céspedes, un Rivera (me refiero al sonetista) no emocionan profundamente, ni alumbran las reconditeces del espíritu. Su lectura produce un suave y agradable deleite estético, como los que proporcionan los parques y jardines bien cuidados”. “¿Qué cosa quedó de ese humanismo del siglo pasado, de ese fervor por los estudios clásicos, de que fue símbolo preclaro Miguel Antonio Caro? Quedó un poco de fraseología, la afición por ciertos temas eruditos y algo que podríamos definir como la manía o prurito del greco-latinismo. En fin: un humanismo fraccionado y acomodaticio, para uso de la oratoria y el periodismo, y con todos los estigmas del ripio y el rezago”.

Lo admirable, entonces, es ver cómo Maya, en medio de “la fúnebre ceremonia del vivir cotidiano” realizó no sólo su dilatada obra poética sino también esta serie de ensayos sin los cuales no es posible entender, hoy en día, el sentido de nuestra tradición

literaria. "No me ha disgustado nunca la palabra retrógrado, ni cuando se aplica en sentido literario, ni cuando se le da significación política y religiosa. Si algo necesita apoyarse en los suelos más duros del pasado es la revolución". Esta frase, escrita en 1944, plantea con toda claridad su concepción estética; y es el fundamento de su fe en "la continuidad lírica de Colombia", como tituló otro de sus ensayos, cuyas palabras finales conmueven y asombran: "Como todos los pueblos pobres y felices, hemos cantado mejor de lo que hemos logrado vivir. La belleza nos ha prestado auxilio siempre, para suplir abundantemente lo que nos negó la menguada realidad". ¿Hasta qué punto concedía Maya a la poesía poderes capaces de exorcizar un horizonte estrecho y maloliente, elevándolo a platónicos arquetipos, el mismo horizonte que trató de situarlo, apenas, como un epígono de Valencia; el mismo que ordenó retirar de la circulación una edición de los versos de Valencia por el solo hecho de llevar como prólogo el más sagaz análisis, y no ditirambo, de esa poesía, firmado por Maya; análisis que era solo el desarrollo sistemático de lo primero que había dicho sobre el "maestro": "¿Pequeña, muy pequeña en relación con su vida, su talento y su formidable ilustración es la obra de Valencia?". He aquí la pregunta clave que suscita la obra de Maya.

Críticos como Fernando Charry Lara y Hernando Valencia Goelkel han precisado, recientemente, las características de dicha poesía; el "aire ensimismado, de serena contención de fuerzas y de tersura y equilibrio en las palabras"; "la identidad que hay entre sus poemas y una concepción de la vida poética"; su fidelidad, en definitiva, a un mundo propio, que en su altivo rigor parece tener como aspiración más alta el ejemplo de aquellos grandes poetas que "poco se prestan al papel de Verónicas"; es decir: que no permiten que en sus versos veamos "estampada" la imagen de nuestras pequeñas calamidades". Dicha insuficiencia, de parte nuestra, puede aclarar, no exculpar, el desafecto, y ¿por qué no decirlo?, la frialdad con que recorreremos su poesía, inalterablemente mesurada y ciertamente hermosa, en tantos apartes. Pero ello no justifica el silencio en torno a su tarea crítica, más actual, ciertamente, que su poesía; más perturbadora y desafortunadamente, mucho me temo, más urgente y útil que el sereno, distante y melodioso legado que nos dejan sus versos.